



HAL
open science

Chile después del rechazo. ¿Cuáles horizontes?

Antoine Faure, Antoine Maillet

► **To cite this version:**

Antoine Faure, Antoine Maillet. Chile después del rechazo. ¿Cuáles horizontes?. Les Études du CERI, 2023, América latina. El año político 2022, n° 264-265, pp.24-29. hal-03968425

HAL Id: hal-03968425

<https://sciencespo.hal.science/hal-03968425>

Submitted on 1 Feb 2023

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Chile después del rechazo. ¿Cuáles horizontes?

Antoine Faure y Antoine Maillet

El 4 de septiembre de 2022, Chile votó abrumadoramente en contra de un nuevo texto constitucional que hubiera reemplazado al de 1980, heredado del régimen autoritario de Pinochet y aquejado de una fuerte ilegitimidad. Las esperanzas suscitadas, tanto a nivel nacional como internacional, por un texto progresista – que privilegiaba los derechos sociales, la descentralización, la plurinacionalidad y los derechos de la naturaleza – se vieron defraudadas por un rotundo rechazo (62%).

Si bien el principio mismo de un cambio en la Constitución había sido aprobado por el 78% de los votantes en octubre de 2020, ahora se abre un debate sobre la continuidad que se le dará (o no) al Acuerdo por la Paz Social y la Nueva Constitución (acuerdo 15-N), nombre que se le dio cuando fue firmado el 15 de noviembre de 2019 por los partidos políticos. El impulso lo había dado la revuelta social de 2019, encauzada en parte por este proceso constituyente, del cual era partícipe en calidad de diputado Gabriel Boric, quien pocos meses después, se convertiría en Presidente de la República de Chile.

La elaboración de este nuevo texto constitucional atraviesa muchas temporalidades lo que, por un lado, estimula el análisis, pero por el otro ha complejizado el juego político. Pretendía romper con el pasado dictatorial pero también con los treinta años de vigencia de una Constitución neoliberal en su esencia. También cuestionó las relaciones sociales, económicas, culturales y de género de la sociedad chilena contemporánea. Proyectaba un futuro en distintos niveles, entre los horizontes de cambio radical a largo plazo, la administración de la Constitución a través de políticas públicas alineadas a mediano plazo y, por supuesto, la implementación de cambios en la arquitectura institucional del país. más o menos a corto plazo.

Las proyecciones sobre la continuación que se le dará a este proceso se refieren a la misma problemática sobre las temporalidades del proceso político chileno. Los horizontes oscilan entre el mantenimiento de la Constitución vigente, la configuración de un nuevo proceso constituyente en el corto o mediano plazo, y los mecanismos que deben enmarcarlo y luego darle forma.

Más allá de las cuestiones propias del proceso constituyente, lo que está en juego es la sincronización de los tiempos plurales que orientan todo el campo político chileno. Para retomar este proceso y sus perspectivas, cuestionamos en este texto los horizontes temporales de los procesos constituyentes y político chileno tras el rechazo al texto elaborado por la convención constituyente de 2021 y 2022.

Para ello, volvemos a la secuencia 2019-2022, pero también a sus raíces en la historia chilena reciente, antes de abordar los horizontes contrapuestos que están en juego en este período post-referéndum.

Del entusiasmo constituyente al rechazo

El proceso constituyente – desde el acuerdo del 15 de noviembre de 2019 hasta el plebiscito de septiembre de 2022 – puede verse como la culminación de un ciclo de movilizaciones iniciado por las manifestaciones estudiantiles de 2006, y que continuó durante toda la década de 2010 hasta alcanzar su clímax con la revuelta de 2019. Este largo ciclo de movilización estuvo marcado por la politización de una nueva generación que finalmente desbordó más allá de su cohorte; y por la rápida maduración de una generación de líderes políticos para los que la elección de Gabriel Boric en diciembre de 2021 fue una consagración temprana. Estas movilizaciones se han dado durante un largo período de tiempo, en diferentes temas y con varias organizaciones, vinculándose entre sí, para converger en la revuelta de 2019.

En este doble contexto de acumulación de movilizaciones y renovación parcial de cuadros políticos, se inició el componente electoral del proceso constituyente, con el plebiscito de octubre de 2020 que ratificó en gran medida la apertura del proceso, y luego la elección de los convencionales en mayo de 2021. Las movilizaciones sociales y las nuevas formaciones políticas de izquierda lograron entonces un triunfo electoral y simbólico, tanto sobre el legado de la dictadura como sobre el de la Concertación. Parecía haber llegado el momento de la renovación, y entonces soplaban un viento de refundación. Lamentablemente, el entusiasmo ha llevado al descuido de dos hechos fundamentales. Por un lado, la participación en octubre de 2020 y mayo de 2021 fue solo del 55% y 42% respectivamente, y por otro lado, el plebiscito para ratificar el texto sería por voto obligatorio. Así, estas tasas de participación, más bien dentro de la norma de una participación moderada, deberían haber alertado a los miembros de la Convención sobre las dificultades que podría representar esta votación final.

No fue el caso. La Convención continuó el impulso de las dinámicas antes descritas, con un nuevo personal político que, en un principio, sedujo a la opinión pública pero de la que luego se desencantó. Bajo la doble presión de un plazo estricto – un año para completar el proceso – y la inmensa magnitud de la agenda a tratar, la Convención se concentró esencialmente en las discusiones entre sus miembros para la redacción del texto. Para cumplir con los plazos, los convencionales se vieron obligados, desde enero, a agotadoras jornadas laborales y renunciaron a las semanas mensuales que debían pasar en sus territorios. Estos elementos – y quizás más profundamente el hecho de seguir anclados en la dinámica de cambio ya descrita, cuando parte de la opinión se había estancado o incluso había retrocedido – impidieron a los Convencionales captar la desconexión que se estaba gestando. No supieron ni pudieron ver colectivamente que la redacción del texto constitucional no sólo se produjo en el largo tiempo de la historia (las décadas que la precedieron y las que seguirán), sino también en un corto horizonte temporal, marcado por un plazo electoral determinado, que requería incorporar consideraciones tácticas en la adopción de las propuestas de normas constitucionales.

A estas dificultades propias de los partidarios del cambio, se sumaron varios incidentes, escalados por opositores al proceso, a veces dentro de la propia Convención, que prepararon el terreno para la campaña de rechazo. Algunos de los actores políticos que se habían visto marginados por el ascenso del Frente Amplio y la impugnación del legado de la Concertación

vieron en ello la oportunidad de volver al juego político. Estas personalidades de centroizquierda dieron así una forma de legitimidad democrática al rechazo, que dejó de identificarse con la derecha dura y cercana a las élites económicas. Además, esta campaña apuntó a temas que evocaban temores arraigados en el imaginario político chileno, como la expropiación o un supuesto privilegio de los pueblos indígenas, mezclando hábilmente la exageración de posibles interpretaciones de artículos imprecisos y la difusión por diversos canales de información abiertamente falsa.

Al frente, el campo del apruebo, aún anclado en el largo y optimista ciclo posterior a la victoria presidencial de Gabriel Boric, no logró ofrecer una narrativa atractiva y unida. Finalmente, el plebiscito generó mucha movilización, con una participación récord del 86%, impulsada por el carácter obligatorio de esta votación (con registro automático en las listas), medida incluida en el acuerdo del 15-N pero que pasó desapercibida y no prevista por los defensores del apruebo.

¿"Horizontes en conflicto"?

• ¿La izquierda en un callejón sin salida?

Los debates de la Convención evidenciaron la falta de coherencia dentro de la izquierda chilena, a pesar de la oportunidad histórica de dismantelar el orden político, económico y social heredado de la dictadura. Fruto de los movimientos sociales de 2011, el Frente Amplio está luchando por constituir el centro de gravedad de este espacio político, y por transformar su articulación con el Partido Comunista en una coalición más allá de los plazos electorales. Por su parte, los partidos de la ex Concertación no parecen inclinados a conformarse con un segundo lugar en el ejercicio del poder. Incluso hemos visto a varias figuras de la antigua Concertación alinearse detrás de la continuidad del orden heredado del régimen autoritario y del paradigma neoliberal, tomando la delantera en la campaña de rechazo cuando las figuras más cuestionadas de la derecha decidieron estratégicamente quedarse en un segundo plano.

El desafío de hoy es abrumador. Los diputados convencionales y electos a favor del apruebo fueron finalmente considerados parte de una élite desvinculada de la población y cuya forma de hacer política es ante todo técnica. La apuesta del presidente de conducir su gobierno hacia el centro con un reordenamiento post-plebiscito convocando a otras figuras de la ex Concertación (en particular a la ministra del Interior Carolina Tohá del Partido por la Democracia) corre así el riesgo de amplificar estas críticas. Podrían incluso profundizarse, porque las divisiones entre los partidarios de una constituyente compuesta exclusivamente por políticos no profesionales y los defensores de una constituyente resultante del Parlamento no han disminuido, por no hablar de las propuestas mixtas. Estas discusiones sin duda tendrán consecuencias sobre un posible texto futuro, muchos apostando por una moderación que será fruto de un mejor diálogo político entre izquierda y derecha.

El problema para la izquierda reside también en la articulación entre el proceso constituyente y la acción del gobierno. Durante los primeros seis meses del gobierno de Boric, la agenda

política fue lógicamente captada por el proceso constituyente. Sin embargo, la idea de dar prioridad a la agenda gubernamental de ahora en adelante no parece generar mucho entusiasmo. La acción del gobierno está más orientada a problemas de orden público y seguridad, aunque también hay que reconocer las promesas a corto plazo sobre las pensiones, la jornada laboral o el aborto. Los debates sobre la ratificación del Acuerdo Transpacífico de Integración (TPP) también responden a estas luchas temporales entre desafíos a muy corto plazo y posibilidades de cambios a medio y largo plazo.

•¿La derecha en su mejor momento?

La magnitud del resultado del plebiscito, la discusión sobre el perímetro del futuro proceso constituyente, así como el reenfoque de la agenda gubernamental en torno a la ley y el orden, sugieren que los sectores conservadores han recuperado el control del impulso político que parecían haber perdido desde 2019. Sin embargo, no debemos apresurarnos para decretar un realineamiento conservador que gane en estabilidad. La "fantasía" de una especie de "restauración" de una época idealizada anterior a la revuelta de 2019, o incluso un retorno a la época de la Concertación, probablemente no sea mayoritaria a finales de 2022. Sobre todo porque no hay ningún indicio de que estos casi ocho millones de votos expresen un rechazo al proceso constituyente como tal, ni una adhesión al programa conservador.

Los debates internos son considerables. En los votos de la convención, se observaron dos tendencias: la primera pragmática y liberal (parte de Revolución Nacional [RN], Evópoli e independientes); la otra más conservadora e incluso culturalmente reaccionaria (RN, Unión de Demócratas Independientes [UDI] y Partido Republicano [PR]). La idea de "rechazar [el texto] para mejorarlo" implica también una sincronización entre las élites, los dirigentes políticos, los expertos y los ciudadanos, que no es muy realista en el contexto actual, tal como lo hemos subrayado a lo largo de estas líneas. La derecha quiere dejar de lado los mecanismos que garantizaban una mayor representatividad de los constituyentes¹, trabaja para dar un lugar central a los expertos -proponiendo incluso una comisión designada como mecanismo constituyente- y discute la votación de la nueva propuesta (por el Parlamento) y del modo de escrutinio. Esto parece arriesgado si se confía en los trabajos periodísticos posteriores al referéndum² que agregan relatos expresando una fuerte crítica a las élites y al tecnicismo del proceso constituyente de 2022.

Algunos en la extrema derecha, como el senador Iván Moreira (UDI) o el candidato derrotado en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales de 2021, José Antonio Kast (PR), rechazan ahora incluso la idea de cambiar la Constitución. Esta extrema derecha

¹ "Schalper: El oficialismo no entiende que la mayoría de los chilenos dijo que no al proyecto político que representa el Frente Amplio", *Cooperativa.cl*, 15 octubre 2022 (www.cooperativa.cl/noticias/pais/politica/renovacion-nacional/schalper-el-oficialismo-no-entiende-que-la-mayoria-de-los-chilenos-dijo/2022-10-15/085814.html).

² "120 residentes de 12 comunas populares de la Región Metropolitana explican por qué votaron Rechazo", *Ciper*, 8 septiembre 2022 (www.ciperchile.cl/2022/09/07/120-residentes-de-12-comunas-populares-de-la-region-metropolitana-explican-por-que-votaron-rechazo/).

reaccionaria se agrupa en torno a la tradicional tríada "fe, familia y nación"³ y aprovecha una coyuntura centrada en la migración, el narcotráfico y el conflicto de la Araucanía.

Al margen de los partidos tradicionales, el movimiento Amarillos por Chile, que se formó al principio de la campaña del plebescito en torno a figuras de la sociedad civil que rechazaban la propuesta constitucional y a democristianos, quiere intentar perpetuarse. Por último, un objeto político difícil de definir, el Partido de la Gente, cuyo candidato Franco Parisi quedó tercero en las elecciones presidenciales haciendo campaña exclusivamente a distancia, podría resultar emblemático de un nuevo ciclo político, o bien podría tener un destino fugaz, como otros fenómenos que surfean en el discurso antipolítico.

•Escenario(s)

Es por tanto toda una concepción del futuro como horizonte de posibilidades la que está en tensión en esta fase del proceso político chileno. El cambio sólo será posible para la izquierda si se puede neutralizar el peso de la incertidumbre y el riesgo sobre el futuro. De lo contrario, prevalecerá una concepción catastrófica del futuro, dejando un espacio para que los conservadores – de derecha e izquierda combinadas – promuevan y administren el statu quo, o incluso profundicen en una concepción técnica de la política y en una reacción cultural a los avances en la igualdad de género o étnica.

En cuanto a la vía constitucional, una de las incertidumbres tiene que ver con el calendario del proceso, ya que las fuerzas gubernamentales proponen que se complete antes del 11 de septiembre de 2023 (lo que cerraría el ciclo abierto por el golpe de 1973), pero la oposición parece ir ganando tiempo. Por otro lado, los avances realizados en octubre de 2022 sugieren un descenso de la participación ciudadana. El hecho de que los debates se centren en el papel de los representantes elegidos, especialmente los parlamentarios, y de los expertos es una muestra de ello. Sin embargo, todavía es necesario un acuerdo sobre la continuidad del proceso constituyente, que, en el momento de completar este texto, no está garantizado.

Si imaginamos que el nuevo mecanismo incluye la elección de constituyentes y un referéndum sobre un nuevo texto, debemos por un lado plantearnos también la cuestión de la capacidad de este proceso para evitar las derivas excluyentes de una participación demasiado técnica o incluso elitista, pero también para favorecer la apropiación social de la propuesta y crear un consenso en torno a este nuevo texto. En este sentido, y como ha señalado el constitucionalista Robert Gargarella,⁴ se plantea la cuestión de los procedimientos de votación (para el conjunto del texto o para cada artículo).

Por otro lado, será necesario proyectar la implementación progresiva de una eventual nueva Constitución en diferentes plazos políticos y sociales, y la articulación simultánea del trabajo constituyente con procesos de mediano y largo plazo como el trabajo legislativo, las

³ M. Soto, "Stéphanie Alenda: 'Hay un gatopardismo en la derecha'", *ExAnte*, 10 octubre 2022 (www.ex-ante.cl/stephanie-alenda-hay-un-gatopardismo-en-la-derecha/).

⁴ R. Gargarella, « Algunas reflexiones sobre el rechazo a la nueva constitución en Chile », *Tercera Dosis*, 22 septembre 2022 (<https://terceradosis.cl/2022/09/22/algunas-reflexiones-sobre-el-rechazo-a-la-nueva-constitucion-en-chile>).

políticas públicas transformadoras (pensiones, sistema de salud, educación) y los problemas de fondo (crisis socioambiental, desconexión élite/población). El proceso constituyente de 2022 también ha puesto sobre la mesa cuestiones que antes eran invisibles en el debate público y que no deberían seguir pasándose por alto.

El problema a medio plazo es si este proceso y sus itinerarios serán capaces de consolidar un sistema político tradicionalmente estable pero fuertemente sacudido por las movilizaciones sociales de los últimos quince años. Estos desafíos también exigen una lectura del proceso constituyente chileno desde el presente hacia el pasado. ¿Hay que tener en cuenta la experiencia frustrada del segundo gobierno de Bachelet? ¿Qué significa considerar los movimientos estudiantiles de 2011 o el estallido social de 2019 como el inicio de la secuencia? Estas cuestiones son cruciales porque nos obligan a ir más allá de la agregación de demandas y reivindicaciones sociales, por un lado, y, por otro, a dejar de considerar la constituyente como una simple extensión de la política institucional.

Para citar este capítulo: Antoine Faure y Antoine Mailet, « Chile después del rechazo. ¿Cuáles horizontes? », in O. Dabène (dir.), *América latina. El año político 2022/Les Etudes du CERI*, n° 264-265, Enero 2023 [en línea: www.sciencespo.fr/ceri/fr/papier/etude].